

Schoenstatt, taller y fuego de comunión - reflexiones sobre el Jardín de María -

Palabras que se tornan más proféticas

A medida que pasa el tiempo y la distancia crece, se nos permite una perspectiva más serena. Frente a la palabra profética del P. José Kentenich ocurren dos fenómenos simultáneos. Uno de ellos es algo del todo natural y el otro resulta asombroso y exigente. Con los años su lenguaje comienza a pagar tributo a la circunstancia en que él habló y escribió. Para el lector alemán algunos de sus giros verbales tienen un algo de tiempo ya ido. En ese idioma para penetrar el contenido hay que romper una cierta cáscara inicial. Esto sucede con todos los autores clásicos de la Iglesia, pero de hecho reclama un adicional esfuerzo.

Lo sorprendente, es el fenómeno contrario al envejecimiento de las formas literarias. Se puede comparar con un vino que con los años mejora su sabor. Los contenidos kentenichianos van mostrando su fuerza profética, cada vez más. Lo experimentan así incluso quienes desde antes reconocieron el vigor de su mensaje. Al confrontarlo ahora con lo que está sucediendo en la Iglesia y el mundo, se abren insospechadas dimensiones. Tal vez uno de los casos más elocuentes se refiere al tema de la solidaridad más honda, en su forma de la comunión.

Este lenguaje es simbólico

Para comprender al P. Kentenich en su aporte profético en el tema de la solidaridad, es indispensable señalar el valor de un lenguaje que va más allá de la reproducción de ideas lógicamente hiladas. Es una forma de comunicar mundos interiores usando metáforas, parábolas, imágenes, textos poéticos, o relatos al modo de los grandes mitos de las religiones y de los pueblos. Basta recordar con qué maestría Jesús plasmó su mensaje esencial en parábolas y alegorías que no pueden reducirse a textos directamente doctrinales.

El mejor campo para conocer el pensamiento schoenstattiano sobre comunión y solidarismo es la gran parábola del "Jardín de María". Es ésta una imagen con viejas raíces bíblicas, en la literatura de la Iglesia y en la plástica medieval. Con esta metáfora el fundador de Schoenstatt designa el ideal de su familia espiritual, en su realización histórica concreta de Iglesia en pequeño. La descripción de este reino tiene una expresión clásica en el Cántico al Terruño del Hacia el Padre (H P N° 600 y 605). En sus versos se contiene una Carta Magna de la comunión cristiana, tal como la Familia de Schoenstatt anhela vivir el misterio del amor que Cristo inauguró en la tierra.

En el contexto de estas reflexiones, tenemos que referirnos a dos grandes contemporáneos del P. José Kentenich de gravitación en el siglo XX. Ambos modificaron la forma de pensar de amplios sectores de occidente, rescatándolo del intelectualismo abstracto. El psiquiatra y filósofo Karl Jung revaloró la vigencia del pensamiento mítico y simbólico para la filosofía y las ciencias humanas. Por otra parte, J.R.R. Tolkien fue más allá. Creó, desde Oxford, una mitología para comunicar una sabiduría que ayudara al hombre a entender el mundo y vivir mejor. Eso sí, que para Tolkien en el cristianismo los mitos poéticos son expresiones de la verdad, de la realidad revelada por Jesucristo.

Jardín de María

Como ya dijimos, la gran parábola kentenichiana del proyecto solidario de existir, es el Jardín de María. Con esta alegoría se designa un acontecimiento histórico concreto. Se refiere a lo sucedido en una experiencia progresiva de comunión entre el padre fundador y las Hermanas de María, desde finales de los años 20, hasta el tiempo de la prisión del P. Kentenich en manos de la Gestapo. Todo ese período se anuda y focaliza en la fecha central del 20 de enero de 1942.

Con los vocablos Jardín de María se nombra una representación ideal de solidaridad. A la vez se designa un dinamismo, una vida que se comunica. Para quienes están llamados a realizar la comunión cristiana en Schoenstatt, el Jardín de María es participar de un don de la gracia. En lenguaje teológico se diría que el Jardín de María es el sacramental de la comunión y del solidarismo schoenstattianos. En él se contiene la imagen, el signo, la parábola, pero también por él se comunica una original gracia de Dios. Se trata del carisma familiar que brota del santuario de la Madre y Reina Tres veces Admirable. El Jardín de María es el fruto de la entrega sacerdotal del P. José Kentenich como padre, profeta, educador y legislador. Es la fisonomía de su proyecto del

"hombre nuevo en la comunidad nueva". Y es taller del Espíritu Santo, en el que se vive y se proyecta ese carisma eclesial al Pueblo de Dios y a la sociedad.

Solidaridad y comunión

En el siglo XX cuajó con sabor nuevo la palabra solidaridad. Venía desde fuera de la Iglesia y tomó ciudadanía cotidiana en ella. Por los mismos decenios, la palabra comunión (koinonia) es sacada de los venerables textos para pasar a tener nuevamente uso vivo generalizado. La palabra solidaridad proviene del padre de la sociología, el filósofo positivista Augusto Comte (1798-1857). Con ella quería expresar la dependencia entre la persona y el grupo humano. Fue Pierre Lerou, otro positivista, quién saca el vocablo del lenguaje jurídico para emplearlo en el ámbito de la filosofía y la religión. Lerou declaró: "yo quería reemplazar 'caridad' del cristianismo por la solidaridad humana". Esta traslación es parte de un propósito suyo más global: "el cristianismo es la más grande religión del pasado, pero hay algo más grande que el cristianismo: la humanidad". (Paul Cordes "*Tuet Gutttes allen!*" 1999 Paderborn, pág. 112 s.).

Algunos pensadores católicos fueron asumiendo el término solidaridad, como a través de los siglos ocurrió con muchos otros conceptos ajenos y hasta contrarios al cristianismo. Sin embargo, no se puede desconocer que la historia del uso de la palabra demandaba que solidaridad fuese corregida, complementada, permeada, por la idea de comunión, la cual tiene muy clara raigambre trinitaria, crística y eclesial. No es casualidad que las escuelas de pensamiento que han secularizado la solidaridad y la caridad (transformándola en mera filantropía), desvaneciendo sus contenidos de fe, no registren la profundidad de lo que comunión indica. Comunión tiene sus raíces en el mismo Nuevo Testamento. Bastaría citar el central texto de San Pablo, con el cual iniciamos nuestras liturgias eucarísticas: "la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros" (2 Cor. 13, 13). Su plenitud se realiza en la celebración eucarística misma, cuando se vive la unidad en Cristo, compartiendo su Cuerpo y su Sangre (1 Cor. 10,16 y 17). En definitiva, la comunión es vivir el espíritu del Cenáculo cuando los apóstoles reunidos, en torno a María, constituían el "unanimiter – una sola alma" (Hech. 1,14). Esto va a caracterizar a la Iglesia primitiva (Hech. 4,32). La raíz de esta comunión es la alianza, la que significa primeramente intimidad con el Dios vivo (Ex. 19,20; 24, 12-18). La alianza tiene un lugar donde se vive privilegiadamente la comunión. En el desierto ese espacio va a ser la "tienda de reunión" (Ex. 33, 7-11). Después, el Templo de Jerusalén será el lugar de la comunión con Dios y con los hermanos. En el Nuevo Testamento la comunión es vivir "en Cristo" y se fundamenta en el bautismo. Es la "comunión con el Hijo" (1 Cor. 1,19). Ocurre por la acción del Espíritu Santo (2 Cor. 13,13; Flp. 2,1). La comunión es lo que San Juan va a llamar el "permanecer" (Jn. 14,20, 15,4.7, 17, 20-23). La permanencia es en la fuerza del Espíritu Santo (Jn. 14,17; 1Jn. 2, 27). El Pan de vida hace permanente esa comunión (Jn. 6,56).

En el actual lenguaje de Iglesia, tanto solidaridad como comunión se refieren al misterio de la fraternidad en la sangre redentora de Cristo, tal como lo revela el Nuevo Testamento. Solidaridad expresa más al compromiso práctico, siendo que también alude a la totalidad de la hermandad. Comunión apunta más al núcleo interno. El "Diccionario de la Evangelización" de Juan Ezquerda Bifet (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1998, en el artículo sobre "solidaridad") aclara así los términos: "solidaridad indica una sintonía responsable y comprometida respecto a la realidad de los demás hermanos, de la sociedad en general y de los otros pueblos". Y agrega: "en el lenguaje cristiano, el contenido de la solidaridad suena a 'comunión' y familia, que vive el mandato del amor como expresión de la vida trinitaria de Dios Amor".

El Papa Juan Pablo II ha iluminado los temas de la eclesiología y de la Doctrina Social de la Iglesia con magisterio acerca de la comunión y de la solidaridad. El Santo Padre después del Jubileo 2000 propuso el programa hacia el futuro. En su Carta Apostólica "Novo Millennio Ineunte" estas formulaciones de la fraternidad cristiana cobran una urgencia estratégica y pedagógica. El Sumo Pontífice dice que el siglo que iniciamos requiere que la comunión pase a transformarse en un "empeño programático" (Nº 42). Más adelante, nos propone que la comunión plasme el proceso pastoral de la Iglesia, promoviendo "una espiritualidad de la comunión", constituyéndola "como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano" (Nº 43). En todos esos pasajes relaciona insistentemente la comunión con el misterio de la Santísima Trinidad. En Chile, el Cardenal Francisco Javier Errázuriz, en su primera carta pastoral "Permaneced en mi amor" (mayo del 2002), escoge por tema estos contenidos, en un riquísimo texto destinado a

profundizar y proyectar la espiritualidad y la pedagogía de la comunión y de sus consecuencias solidarias.

Sin fraternidad no hay libertad ni igualdad

Desde el campo externo a la Iglesia, se escuchan muchísimas voces que claman por un nuevo tipo de convivencia humana. Hay una nostalgia de unidad en la variedad, o de variedad en la unidad. Los horrores de las guerras y los odios, los fracasos de utopías y los conflictos insolubles, hacen más urgente la necesidad de modelos vividos que puedan ser una propuesta de una sociabilidad posible y constructiva para los pueblos. El carácter modélico, la fuerza contagiosa, y la condición sacramental de la Iglesia respecto al mundo, los definió solemnemente el Concilio Vaticano II: "La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1). Esto está cada vez más requerido. Tal vez una voz que se ha levantado desde la América morena, pueda ilustrar este clamor de hermandad y su desafío. Octavio Paz, uno de los más sobresalientes pensadores latinoamericanos, hizo un balance de 200 años. Sostuvo que el programa de la Revolución Francesa ha fracasado y lo explica en la sucesión de los dos últimos siglos. En el siglo XIX se intentó una libertad sin igualdad que llevó a la miseria brutal a las masas proletarias. En el siglo XX se procuró una igualdad sin libertad. Los ríos de sangre y los campos de esclavos que engendró ese sistema mostraron fehacientemente lo falaz del programa. Octavio Paz indica que la bancarrota de ambos proyectos fallidos se produjo porque ninguno de ellos cultivó el tercer postulado de la Revolución Francesa, la fraternidad. Sólo ella podría conjugar igualdad con libertad. Nosotros debemos complementar a Octavio Paz, diciendo que esa hermandad que falta es el aporte específico del cristianismo, porque sólo en la persona de Cristo somos realmente hijos del Padre en el Espíritu Santo; y sólo los hijos pueden ser genuinamente hermanos. En el nuevo panorama del tercer milenio esta contribución es una tarea, en mucho, pendiente.

Propuesta carismática.

La relectura de los textos del P. José Kentenich sobre solidaridad, permiten afirmar que él se adelantó proféticamente a lo que hoy la Iglesia está proponiendo y necesitando para vivir la eclesiología del Pueblo de Dios. La maduración que va desde el Concilio Vaticano II a la carta programática *Novo Millennio Ineunte* (enero 2001), ilustra bien la afirmación. Pero hay más. La propuesta kentenijiana no es ni puramente teológica, ni puramente sociológica. Tiene incidencia en ambos campos, pero es de suyo carismática. Es una experiencia original de la comunión con un fuerte cuño mariano. En ella la Iglesia, vivida como Familia de Dios, se encarna, en historias concretas, orientándose por el misterio de la Trinidad Santísima. Schoenstatt se siente llamado a aportar a la Iglesia, la realización del Jardín de María como un modelo posible de solidaridad. Puede constituirse en algo similar a lo que las abadías benedictinas fueron para Europa cuando el imperio romano se derrumbaba. En esa forma de asociación monacal estaba en germen la Europa de los últimos quince siglos, tanto como nueva modalidad de fraternidad humana (sociabilidad fundada en el Dios de Jesucristo), como en un estilo de trato con la naturaleza (dimensión ecológica del monacato). Los desarrollos de la pastoral moderna no sólo han confirmado al P. Kentenich. En las horas de la mundialización vemos la urgencia de su aporte.

Algo sobre la visión kentenijiana de la comunión.

¿Cómo acotar, aunque sea aproximativamente, la capacidad de futuro del solidarismo kentenijiano? Intentemos dibujar algunos rasgos fundamentales.

1. Al inicio era el silencio. El comienzo de todo se encuentra en la superación de la crisis existencial del joven seminarista José Kentenich. Esto le significó una sanación personal, por una relación filial a María. Aquella sanación fue simultáneamente una gracia inicial de paternidad, la cual está estrechamente ligada a su carácter de sacerdote de Cristo. Esa forma de ejercicio sacerdotal se inaugura con su servicio paterno a los jóvenes en el colegio palotino en un valle lateral del Rin. Sin embargo, su paternidad define progresivamente sus contornos característicos. En el Jardín de María, el P. Kentenich madura natural y sobrenaturalmente su sacerdocio como reflejo de Dios Padre y de Jesucristo Pastor. Esto ocurre por vivencias personalísimas, de carácter paterno filial con algunas hermanas de María. Son experiencias entrañables, de una gran riqueza espiritual. En ellas, a la persona que se entrega filialmente, se le abre una impensada profundidad de la fe, confirmándola en su identidad personal propia (ideal personal). Es una

vivencia fundada en la condición de hijos en el Hijo que nos regala el bautismo. En la primera fase de desarrollo, las hermanas que la están viviendo, no están conscientes de la repercusión propiamente social del regalo que se les ha confiado. Hay en todo esto mucho silencio contemplativo y oración. Simultáneamente, el padre fundador, por el mismo proceso, crece en su paternidad sacerdotal en dimensiones que él ni planificó ni pudo imaginar al inicio.

2. Los hijos son hermanos. El P. Kentenich envía desde la cárcel llamada Carmelo, clandestinamente, unas misivas de gran contenido espiritual a la joven hermana Mariengard. Ellas han llegado a ser cartas fundacionales del Jardín de María. En esos textos ya está expresada la dimensión social de la filialidad. Dos años después, las oraciones del Hacia el Padre, escritas en el campo de concentración de Dachau, esa sabiduría de comunión, alcanza su cumbre.

En 1947, en Metternich, junto a Coblenza, el fundador explica largamente el Jardín de María a la Provincia de las Hermanas de donde provenía la Hermana Mariengard. Desvela allí todas las dimensiones de solidaridad fraterna contenidas en la experiencia de hija-padre. Para sus auditoras esto resulta novedoso y, de alguna manera, sienten que la intimidad de la relación filial deja el ámbito de lo privado para insuflar su espíritu a una nueva experiencia de comunión. En estas primeras sistematizaciones de la solidaridad se muestra una directa relación entre lo filial y lo fraterno. Se resalta que la hermandad cristiana tiene raíz en la vinculación al Padre del Cielo y a María Madre. Las figuras paterno-maternas, constituidas en autoridades serviciales, hacen posible la comunidad. No hay fraternidad sin filialidad vivida. No hay comunidad sin autoridad. Toda autoridad verdadera es tal, sólo si es "auctor vitae – autor de vida", y a la vez, si engendra generosamente en otros vida de libertad y responsabilidad. En esta visión, la figura paterna, justo en contra de lo que sostienen Freud y Marx, no es la amenaza de la libertad personal y de la amistad social, sino que es su fundamento y su garantía. Está claro que no cualquier padre establece esta nueva sociabilidad liberadora, creativa y gozosa. La suscita y la sostiene sólo un padre que comunica, conduce y sirve la vida al modo del Padre celestial promoviendo una filialidad compartida, fraterna.

La concepción de solidaridad que había presentado a las hermanas en 1947, va a ser abierta a la totalidad de la Familia de Schoenstatt, en la gran parábola del Jardín de María, durante la Semana de Octubre de 1950. En esa ocasión el fundador quiso preparar a su Familia para la declaración del dogma de la Asunción de María a los cielos que proclamara solemnemente en Roma Pío XII, el 1º de noviembre de aquel año. Su reflexión es de carácter antropológico. Precisamente una visión mariana de la relación de gracia y naturaleza, de fe y humanismo, es el mejor telón para comprender la concepción kentenijiana de comunión y solidaridad.

3. María tiene un carisma único para despertar la filialidad y la solidaridad. El Jardín es de María, le pertenece a ella como Madre de la Iglesia y Educadora del Evangelio en nosotros. El marianismo kentenijiano es eminentemente social. María es la que despierta la comunión y educa el amor práctico y eficiente. Su carisma materno es don de Dios para formar comunidades de gente libre y solidaria, para vivir ya aquí, el Reino de Dios. El Prefacio de la "Fiesta de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo" caracteriza así el reinado de Jesús entre los hombres:

"un Reino eterno y universal:
Reino de la verdad y de la vida,
Reino de la santidad y de la gracia,
Reino de la justicia, del amor y de la paz".

El P. Kentenich, con sentido pedagógico va a resumir la caracterización del Reino en tres notas fundamentales: verdad, justicia y amor de unidad, lo cual se contraponen a los imperios masificadores. Apunta a la superación de todos los colectivismos modernos, desde el nazismo, al marxismo, al consumismo y otras formas niveladoras de la personalidad. Señalando hacia la responsabilidad por el Reino, implora:

"Siempre allí reinen amor,
verdad y justicia,
y esa unión que no masifica,
que no conduce al espíritu de esclavo." (Hacia el Padre, N° 496).

María, que es la plenitud del ser persona humana redimida, educa al nuevo personalismo que Schoenstatt quiere ofrecer a la Iglesia. Es un personalismo esencialmente comunitario y social. Es el ejercicio de su encargo materno con respecto a los discípulos de Cristo, tal como lo describió el Concilio Vaticano II (Lumen Gentium, Capítulo VIII) y se completó por la declaración de María como Madre de la Iglesia que hiciese el Papa Paulo VI hacia el final del Concilio. Este marianismo cultiva expresa y marcadamente la vinculación con la Santísima Trinidad, origen, modelo y energía que constituye a toda genuina comunión humana. La Trinidad de Dios es la perfecta unidad de amor de tres personas plenamente diferentes. Schoenstatt, para cumplir con su misión trinitaria-mariana, tiene que mostrar y demostrar que es capaz de gestar modelos contagiantes donde la variedad, lo distinto, no es una amenaza a la comunión. Al contrario, Schoenstatt debe ser escuela de una unidad que acoge y auspicia la pluralidad y la complementariedad fecunda de las riquezas que Dios ha regalado a los hombres. En esta espiritualidad cada uno debe llegar a alegrarse de lo distinto del otro, porque es una oferta del Padre para desarrollar y complementar la propia identidad. En el entorno de cada santuario de María de Schoenstatt, se debiera constituir un tal taller, un tal fuego, un tal caso preclaro, un espacio mariano-trinitario rico de variedad en la unidad. Allí debiera vivirse cordialmente la unidad federativa de Schoenstatt. Si así ocurre, el Jardín de María tendría una tarea grande, en el espíritu de San Vicente Pallotti, como instrumento de comunión entre los diversos movimientos de espiritualidad y apostolado y comunidades eclesiales (Confederación Apostólica Universal). Lo mismo debiera ocurrir con el ecumenismo, campo éste en el cual Schoenstatt tiene una débil irradiación todavía.

La intensa experiencia fraterna, al amparo de la paternidad del P. Kentenich, con todas sus repercusiones en los diferentes órdenes de la existencia humana, se focaliza en "compartir el destino". Por eso, la palabra clásica en los tiempos en que nace el Jardín de María para hablar de solidaridad, fue "Schicksalsverwobenheit", es decir "entrelazamiento de destinos". El vocablo "entrelazar" alude a los vínculos mutuos (lazos), tal como los entiende Schoenstatt: relaciones profundas, afectivas y espirituales, con permanencia y proyección. La palabra "destino" se comprende aquí no como fatalidad, sino como el camino de la responsabilidad humana, la trayectoria de la libertad, el proceso de alianza de cada uno para cumplir su ideal personal. La comunión entrelaza los destinos que dejan de ser una suerte meramente individual, sino que se transforman en mutua tarea de constituirse, unos para otros, en instrumentos de redención y de plenitud humana.

Este carisma mariano que suscita la filio-fraternidad o la fraterno-filialidad, fue destacado por la Conferencia de los Obispos Latinoamericanos en Puebla (1979), en un texto que se inspiró directamente en el P. José Kentenich. Los Obispos escribieron: "María, Madre, despierta el corazón filial que duerme en cada hombre... Simultáneamente, ese carisma maternal hace crecer en nosotros la fraternidad. Así María hace que la Iglesia se sienta familia" (Puebla 295).

4. La comunión se expande en círculos concéntricos. La comunión se expresa en diálogo al interior de la relación personal. Es también una forma de solidaridad opuesta al intimismo, a la alienación de la circunstancia histórica y de las responsabilidades misioneras del cristiano como levadura del Reino. Por eso, la realización del ideal del nuevo hombre en la nueva comunidad en Schoenstatt, está al servicio de la misión de la Iglesia. Es un don a todo el Pueblo de Dios. Desde que el 22 de Mayo de 1916 el Padre José Kentenich manifestó, por escrito (carta al prefecto Fischer) su decisión de fundador de asumir, como un fin propio de la obra de Schoenstatt, la tarea de San Vicente Pallotti respecto a la Confederación Apostólica Universal. En esta forma Schoenstatt se encuentra siempre proyectado hacia los horizontes más amplios de la Iglesia. Hay una estrofa del Hacia el Padre que refleja esto muy bien. Con él culminan las oraciones del Rosario de instrumento:

"Por los santos misterios de la Redención
te pedimos, Padre,
estar en gracia ante tu mirada,
y que Schoenstatt
florezca como jardín de Dios
y se proyecte universalmente a la Iglesia;
bajo el cuidado
de nuestra Señora tres veces Admirable,
sea la pradera soleada de la Santísima Trinidad. Amén." (H: P. 356).

4.1. La proyección eclesial es una exigencia intrínseca y explícita de la tarea de las formas de sociabilidad internas de Schoenstatt. Pero esta misión no se agota en un "eclesiocentrismo". Se abre al mundo. No promueve una Iglesia autoreferente. Toda su riqueza es "para la vida del mundo" (Sn. Juan 6, 51). En las oraciones de Dachau la palabra "pueblo" o "pueblos" va a indicar esta misión siempre presente en la conciencia y en las directivas del fundador. Inspirándose en el Concilio Vaticano II el P. José Kentenich usará la expresión "alma del mundo", para urgir a su Familia en las exigencias misioneras de proyección secular, "mundanal".

4.2. La noción alma del mundo, proviene de una de las primeras descripciones teológicas de la fe cristiana, la Epístola a Diogneto, de fines del siglo II o comienzos del siglo III, (Nº 6). Al definir las relaciones Iglesia y mundo, el Concilio Vaticano II cita aquella venerable carta: "lo que el alma es en el cuerpo, eso han de ser los cristianos en el mundo" (Constitución sobre la Iglesia Lumen Gentium, 38).

Por otra parte, en la "Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Actual", Gaudium et Spes, en su Nº 38, el Concilio agregará otra referencia a la Epístola a Diogneto, dirá que la Iglesia "existe como fermento y alma de la sociedad humana". El P. Kentenich va a utilizar una fórmula más concisa que permite una mejor comunicación y memorización. Dirá simplemente: "Iglesia, alma del mundo".

4.3. Capital social. La contribución de una familia eclesial como la de Schoenstatt al nuevo orden de la sociedad no puede ser en primer lugar en el campo de la técnico-política. Pasa a través de lo que se llama el "capital social" o "capital cultural" de los pueblos, el cual se define como el conjunto de valores, percepciones, símbolos y códigos de comportamiento que motivan y estructuran interiormente a los pueblos.. Esta noción irrumpe en los años noventa como una categoría necesaria para comprender y dinamizar el proceso de las sociedades. El capital social es el que posibilita un crecimiento integral y duradero. En muchos, está quedando atrás la ingenuidad de creer que los cambios de estructuras pueden, por sí solos, mejorar la calidad de las naciones. En este contexto hoy los científicos políticos destacan, como parte del capital cultural, el aporte ineludible de la religión como agente clave en el fortalecimiento de la capacidad histórica de los pueblos. Así lo ha recordado decisivamente el gran sociólogo americano Peter Berger ("Potenciar al ciudadano. El Rol de las estructuras intermedias en las políticas públicas", Centro de Estudios Públicos Nº 49. Santiago de Chile, 1993, pp. 204-213).

Detrás de esto hay un pensamiento como el del filósofo protestante francés Paul Tillich, cuando afirma: "La sacralidad es el elemento creativo, al mismo tiempo, el juicio crítico a la secularidad" ("El futuro de las religiones", Ed. Megápolis, Buenos Aires, 1976, p. 98).

El capital social lo constituyen "elementos silenciosos e invisibles, pero claramente operantes... son esenciales para un desarrollo económico sostenido." (Ver Bernardo Kliksberg, "El rol del capital social y de la cultura en el proceso de desarrollo", ponencia en el seminario 'Reconstruyendo nuestra convivencia', Santiago de Chile, 8 de junio de 1999, p. 14).

Concretamente, desarrollar al interior de la Iglesia, un estilo de vida humanista cristiano repercutirá necesariamente en la sociedad civil. La familia es el núcleo, el reducto privilegiado donde se nace y se nutre el capital cultural. Si Schoenstatt es verdaderamente familia, si educa familias que irradian plenitud, si cultiva una rica cultura de familia, si propone modelos probados de pastoral familiar, significará una inmensa energía en la cultura. El Jardín de María está llamado a constituirse en una verdadera revolución del capital social de los pueblos donde Schoenstatt arraigue.

4.4. Lo mundanal: desafíos. En el atardecer del 8 de diciembre de 1965, día en que se clausuró el trascendental Concilio Vaticano II, el P. Kentenich, insistió al P. Pedro Gutiérrez, profesor de teología dogmática, cuando fue a despedirse de él: "De ahora en adelante no nos debiéramos cansar de repetir desde Schoenstatt, que la Iglesia existe para el mundo, para ser alma del mundo". El envío al mundo profano, implica el encargo de plasmar en la persona de Cristo la "cultura", entendida como "estilo de vida de los pueblos". La realización del Jardín de María, proyecto de un nuevo orden social, no es viable sin que, según la vocación personal, una multitud de laicos también se comprometan en tareas de orden público, en lo cultural, en lo social y en lo político. El Siervo de Dios Mario Hiriart hizo de este programa la bandera personal de su vocación de laico en medio del mundo. Se necesitan muchos Mario Hiriart. La misión "mundanal", secular

de Schoenstatt, para tener eficacia histórica, ha de encarnarse en las situaciones de los pueblos, en los desafíos prácticos de la sociabilidad humana: luchar sin cuartel contra la miseria, en la patria y el mundo, ser levadura en la masa y hacer posible la solidaria integración pluriracial y multicultural, proponer modelos de la nueva amistad cristiana de la mujer y el varón, abrir caminos a la comunicación benevolente y fecunda entre jóvenes y mayores, etc.

Además, en esta línea de actualidad del mensaje, procede afirmar: no es una anécdota el que la metáfora global del reino de Schoenstatt sea un jardín. Esta es una imagen de trascendencia ecológica. El jardín es un trozo de naturaleza que el hombre no ha pisoteado, sino que ha respetado, cultivado y hermoñado. El Jardín es de María. Ella es mujer, la Madre de la vida en todas sus expresiones. Ella, en su femineidad, es la porción más noble de la creación. Ella forma personalidades respetuosas de la vida, guardianes de la naturaleza, así como los jardineros son cultivadores de la armonía de la variedad de la creación de Dios.

* * *

“con, para y en el otro”

Los escritos del Padre José Kentenich muestran la riqueza profética de su espíritu como respuesta a los desafíos de la nueva evangelización en el siglo XXI. Hay una fórmula reiterada en el fundador de Schoenstatt para designar su manera de entender la comunión. Decía que la comunión es vivir "con, para y en el otro". Cuando el Santo Padre describe su visión de la íntima solidaridad cristiana en el "Novo Millenio Ineunte" (Nº 43) va a usar un lenguaje similar. Según esa tríada kentenijiana, la solidaridad no es meramente hacer algunas cosas por el prójimo, por muy urgentes e importantes que sean. Es "entrelazamiento de destinos", es compartir la vida misma. Es hacerse cargo del otro. Es "para" él. Es compañía, es caminar, orar y luchar "con" él. Es intimidad de encuentro. Es un estar dentro del otro, "en" él como hijo de Dios.

En la trascendental plática del 31 de Mayo de 1949, el fundador de Schoenstatt retoma el entrelazamiento de destinos. Es una confidencia de su corazón y de su esperanza. En ella se apunta a la cumbre de amor que hemos aludido en estas líneas. Una fraternidad basada en la filialidad, como fruto de la alianza de amor con María, con una proyección hacia el horizonte más amplio de la historia tejida con el Dios que es Tri-unidad. "La Sma. Virgen nos ha regalado el uno al otro. Queremos permanecer recíprocamente fieles: el uno en el otro, con el otro, para el otro en el corazón de Dios. Si no nos reencontrásemos allí sería algo terrible. Y entonces, permaneciendo el uno en el otro y con el otro, contemplaremos a nuestra querida Madre y a la Santísima Trinidad". Nos reencontraremos después de cada desencuentro. Nos reencontraremos donde el Jardín de María será plena comunión en la Trinidad Santísima.

P. Joaquín Alliende Luco,
Padre de Schoenstatt,

Koenigstein i. Taunus 15 de septiembre de 2002, aniversario de la pascua del fundador